Reflexiones Jichha, n° 3

Febrero, 2026

PUNO

TAN LEJOS DE LIMA

TAN CERCA DE LA PAZ

Carlos Macusaya Cruz

Jichha

PRESENTACIÓN

La tercera entrega de la revista *Reflexiones Jichha* no ha sido pensada para confrontar a países hermanos ni para alimentar disputas culturales estériles. La apuesta de Carlos Macusaya, como escritor de este número, es más exigente: invita a complejizar los procesos que atraviesan nuestras sociedades dentro de la identidad del "indio" y a mirar la cultura como un campo dinámico, atravesado por la historia, la política y el racismo.

El texto nos recuerda que la cercanía entre Puno y La Paz no es solamente geográfica, sino también política, intelectual y cultural, al punto de que en Puno el autor ha escuchado decir: «Nuestra experiencia más cercana con una capital es con La Paz, no con Lima». Esa frase no busca jerarquizar La Paz o Puno, sino mostrar cómo se configuran los circuitos reales de intercambio social.

Y tampoco se intenta sostener la idea de sujetos homogéneos —"el aymara", "el quechua"— como si fueran bloques sin fisuras ni contrastes. Por el contrario, el documento sugiere que compartir una lengua no implica tener las mismas expresiones culturales ni idénticas experiencias históricas.

En ese sentido, reconocer la influencia boliviana en el sur peruano no es un gesto de apropiación ni una acusación hacia el otro, es una manera de entender que los procesos culturales se mueven, circulan y se transforman.

La Paz, Bolivia
Febrero, 2026
Grupo Jichha

CARLOS MACUSAYA

Carlos Macusaya Cruz nació en El Alto (Bolivia), es comunicador social formado en la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) y sus temas de interés son: los movimientos indianistas y kataristas y la relaciones entre racismo, identidad y poder. Es autor de algunos libros, entre ellos: "Desde el sujeto racializado: consideraciones sobre el pensamiento indianista de Fausto Reinaga" (2014), "Batallas por la identidad: indianismo, katarismo y descolonización en la Bolivia contemporánea" (2019); y "'En Bolivia no hay racismo, indios de mierda': apuntes sobre un problema negado" (2020).

Entre 2008 y 2016 asistí con cierta regularidad a distintas actividades de organizaciones indígenas en el sur del Perú (Puno, Tacna y Cusco, principalmente). En uno de esos primeros viajes estuve en Puno y me dijeron algo llamativo: «Nuestra experiencia más cercana con una capital es con La Paz, no con Lima». Oí frases similares en posteriores visitas. También en uno de esos viajes escuché decir a un amigo puneño: «Aquí copiamos lo que hacen en La Paz». Lanzó esas palabras con una «sonrisa culposa», porque vimos pasar a unos muchachos con trajes de caporal y a una vendedora de salteñas, a unas cuadras de la Universidad Nacional del Altiplano (UNA). Además, vi un libro titulado «Revolución quechua-aymara» y al hojearlo me percaté de que era una versión pirata de «La revolución india» de Fausto Reinaga, pero con otra tapa y con el título cambiado.

Plaza mayor de Puno, Perú

Desaguadero, frontera entre Perú y Bolivia

NUESTRA EXPERIENCIA MÁS CERCANA CON UNA CAPITAL ES CON LA PAZ, NO CON «LIMA

Ir de La Paz a la frontera con Perú, por Desaguadero, toma dos horas en minibús; de ahí hasta la ciudad de Puno son como dos horas y media. Se tarda menos de Puno a La Paz que de La Paz a Cochabamba (casi siete horas); pero de Puno a Lima son más de veinte horas. Esa cercanía con la sede de gobierno de Bolivia, entre otros, facilita que radioemisoras paceñas se oigan en el departamento de Puno, algo que influyó en el arraigamiento de la música y las danzas «top» bolivianas. Claro que esta influencia no se da solo en el sur peruano. También la vi entre poblaciones racializadas como indias en mis viajes por el norte argentino y chileno, donde hay bastante migración boliviana.

Así como en Perú, en Chile y Argentina (como en otros países) no se habla directamente de la influencia boliviana, por ejemplo, expresada en bailes, sino de «danzas andinas». La cordillera de Los Andes atraviesa varios países: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina. A lo largo y ancho de esa cordillera se han dado y se dan distintos tipos de bailes, aunque la inmensa mayoría de ellos pasan inadvertidos cuando se habla de «danzas andinas», pues por lo general se toman las que se produjeron en Bolivia. Además, es muy sintomático que se vean fraternidades de t'inkus, caporales, morenadas o tobas en la capital de Perú, Lima, mientras que en Bolivia no se ven fraternidades de danzas peruanas (sea de huaylas, marinera u otras); tampoco se ven fraternidades de danzas ecuatorianas o de otros países con territorios andinos. Dicho de otra manera, son las danzas bolivianas las que circulan en otros países como «danzas andinas», y no pasa lo mismo con las danzas andinas propias de otros países. Algo similar pasa con los grupos de música folclórica. En otros países varios grupos toman el «modelo Kjarkas» para hacer «música andina».

Desde que identifiqué los hechos mencionados líneas arriba me he preguntado: ¿Por qué ciertos elementos producidos en Bolivia influyen tanto en determinados sectores sociales de países vecinos? Partiendo de mis observaciones en mi paso por el sur de Perú, quiero compartir en esta ocasión algunos apuntes sobre la influencia boliviana, mediada por La Paz, en el sur de ese país, centrándome en Puno.

Danza de la diablada en la fiesta de la Tirana, Chile

INFLUENCIA POLÍTICA EN EL SIGLO XXI

Tras la destitución de Pedro Castillo del cargo de presidente del Perú, en diciembre de 2022, se dieron movilizaciones de protesta, principalmente en el sur de ese país. En ellas se fue planteando la realización de una asamblea constituyente para que Perú pase a ser un Estado Plurinacional. No es casual que esto se haya dado desde el sur peruano, principalmente desde Puno.

Mujeres en protestas contra Dina Boluarte

En las primeras actividades a las que asistí en Puno, en 2008, no oí hablar de Estado Plurinacional. Fue tras la aprobación de la actual Constitución boliviana, en enero de 2009, que se empezó a mencionar constantemente el tema. El gobierno del Movimiento Al Socialismo (MAS) hizo una gran campaña sobre la nueva Constitución y los activistas indígenas del sur peruano, principalmente aymaras puneños, estaban muy atentos a las «novedades ancestrales» que surgían en Bolivia. Fueron tomando la idea de Estado Plurinacional, pero la justificaban señalando que «los incas eran plurinacionales» y, por lo tanto, convertir a Perú en un Estado Plurinacional era una forma de «recuperar la verdadera identidad peruana».

La influencia boliviana en esos espacios era muy clara. Se mencionaba a Felipe Quispe y a Evo Morales, se tomaba como referencia a los movimientos sociales de Bolivia. Y es que tenían el ánimo de formar un movimiento político y en ese sentido se decía: «así como han hecho los hermanos bolivianos». Pero la «explicación última» que lanzaban sobre el Estado Plurinacional y otros aspectos del proceso político boliviano era presentarlos como elementos incas o del Tawantinsuyu. Esto tiene que ver con el cómo se acomodan ciertas ideas y hechos

en función del papel que juega el incario en el nacionalismo peruano. Lo cierto es que el planteamiento de transformar a Bolivia en un Estado Plurinacional se lanzó en un documento del Movimiento Indio Tupaj Katari (MITKA), firmado por Isidoro Copa Cayo y que se publicó en el periódico Presencia, el 23 de mayo de 1978.

Pero en las movilizaciones que se dieron en el sur peruano en 2023 también se oía: «ahora sí, guerra civil». Esta frase la escuché por primera vez 20 años antes, en las movilizaciones de habitantes de la ciudad de El Alto, en octubre 2003, cuando se pedía la renuncia del entonces presidente de Bolivia, Gonzalo Sánchez de Lozada. Se popularizó en redes sociales en noviembre de 2019 durante las protestas que se dieron luego de que policías arrancaron la wiphala de sus uniformes y varios civiles quemaron este mismo símbolo. Ese «grito de guerra», lanzado desde El Alto, fue parte del lenguaje de los puneño movilizados en las protestas de 2023 porque varios sectores de Puno seguían los acontecimientos políticos de Bolivia e incluso varios tenían a los alteños como referente político desde el 2003.

Y es que no se trata de una influencia limitada a los años en los que Bolivia pasó a ser un Estado Plurinacional. En una larga conversación con activistas y dirigentes aymaras en ambientes de la Unión de Comunidades Aymaras de Puno (UNCA), en mayo de 2009, me comentaron que, desde esa región del Perú, mediante radioemisoras, se seguía con mucha atención las movilizaciones que se dieron en Bolivia en 2003 y 2005. Los rumores de un posible golpe de Estado en 2005 para gobernar el país desde Santa Cruz habían llegado hasta Puno. Ante ello, varios dirigentes y activistas puneños debatieron, e incluso empezaron preparativos, para sumarse a las movilizaciones en Bolivia si se

SE MENCIONABA A FELIPE QUISPE Y A EVO MORALES, SE TOMABA COMO REFERENCIA A LOS MOVIMIENTOS SOCIALES DE BOLIVIA

daba un golpe.

A ello cabe sumar un detalle sobre el «consumo intelectual». Yo cubría los gastos de mis viajes vendiendo libros en las actividades a las que asistía y noté que el público estaba muy interesado en adquirir materiales de Bolivia que tuvieran que ver con «lo indígena» y en especial si eran de autores aymaras. Además, al conversar con distintas personas en esos espacios, varios mencionaban que visitaban La Paz y, entre otras cosas, buscaban «libros de nuestros hermanos». Otros mencionaban los nombres de algunos autores indígenas bolivianos o algunas de sus obras. Había personas que, en distintos grados, tenían cierto conocimiento sobre la producción de la «intelectualidad aymara» en Bolivia.

En general, se puede decir que el «factor aymara» jugaba un papel central en toda esa influencia política: los sectores en Puno en

los que «más pegaban» varios elementos de la experiencia política boliviana eran aymaras; y es que los sectores que habían logrado mayor protagonismo político en Bolivia eran aymaras. El «orgullo aymara» había estallado en Bolivia desde las movilizaciones que encabezó Felipe Quispe en 2000 y 2001, logrando incluso que el ejército retrocediera. En ese escenario, en el Censo de 2001, el 61 % de personas mayores de 15 años se identificaron con un pueblo indígena. Habitantes de El Alto, conocida como ciudad aymara, lograron que un presidente renuncie en 2003 y posicionaron una agenda política. En 2005 volvieron a ser los protagonistas principales de masivas movilizaciones que empujaron a que Carlos Mesa deje el cargo de presidente y se convoque a elecciones adelantas para diciembre de ese mismo año. En esos comicios se eligió a un presidente de origen aymara, Evo Morales, quien en su primera gestión llamó a una asamblea constituyente que dio lugar a que Boliva sea un Estado Plurinacional.

En ese proceso de masivas movilizaciones Bolivia se había convertido en referente de «lucha indígena» y esto también repercutió en Puno, muy en especial entre las poblaciones de habla aymara. De hecho, muchos puneños aymaras vieron en «sus pares» de Bolivia un ejemplo de autoafirmación frente al racismo de la peruanidad propalado desde Lima.

Empero, la influencia sobre Puno no se reduce al proceso político boliviano que se dio desde inicios del siglo XXI. En varias de mis visitas a esas tierras me tocó conversar con algunos amigos que estaban por sobre los 60 años, entre varones y mujeres, quienes en su juventud y por varios años viajaron a La Paz para comprar sombreros de chola, instrumentos folclóricos, trajes de danzas folclóricas, etc. Conocían la sede de gobierno de Bolivia desde mediados de los años 70. Un factor que mencionaban como «facilitador» era el hablar aymara con los comerciantes de los productos que ellos buscaban, quienes también hablaban aymara. Resaltaban que, a diferencia de ir a Lima, donde los trataban como «extranjeros de quinta categoría», en La Paz se sentían «entre hermanos» (por lo general no interactuaban con los "q'aras" paceños).

DE BOLIVIA A PUNO

En redes sociales, en especial en Tik Tok, se encuentran publicaciones peruanas señalando que las danzas como la diablada, el caporal, los tobas, la kullawada, la morenada o el t'inku pertenecen a su país porque Bolivia habría sido parte de él. También se ven publicaciones en las que se dice que dichas danzas serían puneñas. En las distintas actividades en las que participé en Puno no conocí a alguien que dijera que esas danzas surgieron ahí. Si me comentaron cosas como «nos gustan las danzas bolivianas» o «las bailamos porque somos países hermanos». Aunque, en una ocasión, cuando me llevaron a una especie de peña, el animador del lugar presentó una canción del grupo Proyección («A que volviste») como música peruana. Algo similar me pasó en Cusco, cuando me llevaron a tomar chicha, pero en esa oportunidad se trataba del tema «Cómo has hecho», interpretado por el grupo boliviano Andino.

Desde luego, el que no haya conocido personas que sostengan que las mencionadas danzas serían puneñas no significa que no haya quienes piensan que sí lo son. Pero, más allá de lo que puedan creer unos u otros, es útil considerar lo que se apuntaba, por ejemplo, sobre la diablada

antes de que se produzca la polémica sobre si es peruana o boliviana. Ojo, el «pleito» sobre las danzas inicio con la diablada. El puneño Enrique Cuentas Ormachea, en «La Diablada: Una expresión de corografía mestiza del altiplano del Collao» (1986), señala:

«La diablada se presentó en Puno el 2 de febrero de 1918, en la festividad de la Virgen de la Candelaria. Bajo el nombre de Los Vaporinos se formó un grupo de los trabajadores de los barcos de la Peruvian Corp., que surcaban las aguas del Lago Titicaca. Ellos alquilaron los trajes de la danza y una banda de músicos al bailarín boliviano Pedro Pablo Corrales, quien era reconocido como maestro de "diablada".

Sobre el particular se refirió Víctor Villar Nolasco quien, en una jugosa crónica que bajo el seudónimo de "Nolazco Nozco" publicara en Los Andes de Puno dijo: "a la puneñísima fiesta de La Candelaria, de 1918, trajo por primera vez una comparsa de diablos, don Lorenso Rojas, quien era uno de los más importantes y connotados miembros de la sociedad mestiza y del comercio popular de la localidad» (p. 35-35).

También dice:

«La Diablada Puneña desde 1922, hasta 1965, fue diferente de la Boliviana. La transformación se debió a que las limitaciones económicas del grupo de "Vaporinos" que introdujo la primera Diablada, no les permitió sufragar los costos de alquiler de una banda de músicos, sustituyéndola por una banda de "Sicu-Morenos", compuesta por instrumentistas de sicus o zampoñas» (p. 45).
En Bolivia, las canciones más antiguas de la danza diablada se interpretaron con instrumentos metálicos, por lo menos desde las tres últimas décadas del siglo XIX, porque musicalmente fueron una adaptación de marchas napoleónicas que el ejército boliviano había adoptado. Es decir, la música base de esta danza boliviana tiene origen francés, no español ni precolombino. Tras llegar a Puno en 1918, «vía lago Titicaca», esta danza se bailó, según apunta Cuentas Ormachea, al son de sicus debido a las condiciones económicas limitadas de quienes la introdujeron en el sur peruano, los Vaporinos.

Pero no solo se trata de la diablada. José María Argedas, en su libro «Indios, mestizos y criollos» (1943), al referirse a los trajes que usaban los sicuris en Puno, dice:
«y lo extraordinario es que los talleres donde los hacen están en Bolivia, en la región india más lejana de la influencia española. Y los vestidos que lucen los sicuris de Puno y principalmente los conjuntos que bajan a los pueblos de las quebradas o se improvisan entre las colonias de indios kollas, son en realidad de segunda mano, restos o desechos de los opulentos disfraces que son estrenados en la gran fiesta de Copacabana» (p. 131)

Luego, danzas como el caporal, tobas,

LA DIABLADA »
SE PRESENTÓ EN PUNO EL 2 DE FEBRERO DE 1918 (...) BAJO EL NOMBRE DE VAPORINOS

t'inkus, etc., siguieron «la misma ruta» y no hay que perder de vista que música y danza están estrechamente relacionadas: no hay danza sin música. Por eso es muy indicativo que en Perú bailen estas danzas con música de grupos y autores bolivianos. Las composiciones peruanas en estos ritmos son recientes y no «pegan» como las que se hacen en Bolivia. En una ocasión pregunté a un amigo peruano, muy aficionado a bailar danzas bolivianas, sobre las canciones de caporal más antiguas de su país y me mencionó «Niñachay», del cusqueño Willian Luna. Esta canción salió en el disco «Romance andino», lanzado el año 2000. Fue llamativo que no mencionara autores ni músicos de Puno.

José María Arguedas

Enrique Cuentas Ormachea

Una comparsa del Carnaval antiguo de Oruro. Foto: Hnos. Cazorla

CONDICIONES DE LA INFLUENCIA

Mis viajes me llevaron a percatarme de la influencia política que en las últimas décadas viene ejerciendo Bolivia sobre Puno; empero, esa influencia es algo así como un momento de ebullición de un proceso más largo y que se evidencia con mayor nitidez en las danzas. Tengo la hipótesis de que las trasformaciones sociales que vivió Bolivia a finales del siglo XIX, la modernización de inicios del siglo XX, el «Estado del 52» y las redefiniciones en la correlación de fuerzas entre élites y sectores populares, entre otros, dieron lugar no solo a procesos precarios de urbanización, sino a la producción de «una cultura popular» en el occidente del país que ha terminado convirtiéndose en la referencia identitaria entre sectores de similares condiciones en otros países atravesados por la cordillera andina.

A finales del siglo XIX el poder económico y político en Bolivia se desplazó del sur al nor-

te, a La Paz. Esto conllevó una reconfiguración de las élites que se definió con la participación del ejército de Pablo Zarate Wilka. Otro cambio redefinición de ese tipo se dio en 1952, con la «revolución nacional» y la derrota del ejército boliviano frente a sectores populares liderados por los mineros. A finales de los 90 fue tomando mayor visibilidad un producto del «estado nacionalista»: las elites económicas en Santa Cruz. En las dos últimas décadas se hicieron más notorias las elites económicas formadas entre poblaciones de origen aymara, con sus entradas folclóricas y sus «cholets». Estos últimos sectores son parte del «mundo popular» que se desenvuelve en la llamada «economía informal».

En general, las élites en Bolivia han sido inestables y en distintas oportunidades se han visto obligadas a negociar su condición de poder con los «subalternos». El Estado boliviano ha sido «jaqueado» varias veces por sectores populares. Es muy indicativo que en la actualidad mucho de lo que se conoce como cultura boliviana no es producto de las «elites tradicionales», sino que surgió entre los sectores populares, principalmente en el siglo XX, sectores que lograron que presidentes renuncien en 2003 y 2005, e incluso coparon distintos espacios del gobierno central desde 2006. Más recientemente definieron, una vez más, quien gobierna Bolivia y lograron que se derogue un «decretazo».

Ese cambio en la gravitación económica y política de La Paz que vivió Bolivia desde finales del siglo XIX no se reduce a dicha ciudad. Su posicionamiento durante el siglo XX se dio en relación a Oruro y Cochabamba. Tal vez por eso sean símbolos del folclore boliviano la diablada orureña, el caporal paceño y los cochabambinos Kjarkas.

En contraste, Puno fue y es una población periférica del Estado peruano, sin incidencia concreta en las definiciones económicas y políticas en Lima, que ha sido imperturbablemente el epicentro del virreinato del Perú y de la república del Perú. La reforma agraria en ese país, en 1969, durante el gobierno de Juan Velasco Alvarado, no se dio tras una revolución, como pasó en Bolivia (en 1952). Puno ha vivido marginado como parte del «Perú profundo», y cuando se puso de pie para reclamar por la destitución de Pedro Castillo y demandar la realización de una asamblea constituyente que pueda transformar a su Estado en plurinacional, fue masacrado y recibió el escupitajo limeño: «cholos de mierda», «serranos ignorantes», «terrucos», «comunistas».

Bajo la influencia boliviana, principalmente desde el siglo XX, Puno ha confrontado el rechazo, la marginación y el racismo del Estado peruano de «manera folclórica», enarbolando las «danzas de trajes de luces», danzas de Bolivia. Así, en «circunstancias folclóricas» muchos de quienes suelen escupir su oído a los serranos, lanzan halagos y hasta dicen sentir «orgullo» por la cultura puneña. Los valoran por ser «objetos folclóricos», decoración cultural de un Estado racista. Claro que en todo ello también está en juego la imagen de exportación que con las danzas bolivianas se vende y el movimiento económico que generan, sumado a que más de una generación de puneños creció viendo dichas danzas desde su niñez y por lo mismo asumen que son de Puno (así como muchos bolivianos crecieron creyendo que la chacarera era una danza surgida en el Chaco de Bolivia).

Desde luego, eso de reducir a folclore a determinados sectores sociales y escupirles racismo también pasa en Bolivia; pero, la diferencia está en que acá, la incidencia po-

lítica de esos sectores es muchísimo mayor que la de «sus pares» en Puno. En esto tiene mucho que ver la «consistencia estatal» en relación a la «emergencia popular» en Bolivia.

«BAJO LA INFLUENCIA BOLIVIANA, PRINCIPALMENTE DESDE EL SIGLO XX, PUNO HA CONFRONTADO EL RECHAZO, LA MARGINACIÓN Y EL RACISMO DEL ESTADO PERUANO

Mujer aymara en la festividad de la Virgend e la Candelaria, protestando contra el gobierno de Dina Boluarte. Foto: Infobae

«SON DE LA MISMA ETNIA» O «SON ANCES-TRALES»

La influencia boliviana sobre Puno suele ser negada aduciendo que esas expresiones culturales «son de la misma etnia» o «pueblo indígena», los aymaras, como si se tratara de una «cosa» homogénea que siempre fue tal cual hoy la conocemos. Empero, es dudoso que, por ejemplo, en el periodo preinca los «señoríos aymaras» Lupacas y Pacajes se hayan visto como parte de una misma etnia o pueblo. Además, el compartir una lengua no significa que, por lo tanto, todas las expresiones culturales de esos hablantes sean las mismas. Existen personas que comparten la misma lengua, pero no la religión, ni la condición económica. Pueden hablar el mismo idioma sin verse como parte de una «comunidad» ni tener la misma capacidad de incidencia frente al Estado.

Mujeres aymaras en Bolivia

El hecho de que los mayores protagonistas de esas expresiones culturales en Bolivia sean de origen aymara es un aspecto que, tomado de manera aislada, no explica nada. También existe población aymara en el norte de Chile, pero no tienen el mismo protagonismo político ni han producido referentes culturales como «sus pares» de Bolivia. En el caso de Puno, si han tenido un protagonismo político fuerte en 2023, pero que no ha llegado a modificar la correlación de fuerzas en Perú. Sus movilizaciones han sido contundentes en el sur, pero no han alterado el orden en Lima. En cambio, en Bolivia, las poblaciones aymaras son protagonistas de la «cultura pop» que acá se ha producido y su accionar político incide directamente en y desde la sede de gobierno.

Un factor a considerar al respecto es la «consistencia estatal» en Chile, Perú y Bolivia. De los tres, Chile es el Estado más consolidado y ha tenido la capacidad de exterminar a «sus indos» o arrinconarlos. Perú se ha mantenido desde Lima, «subsumiendo» a los serranos migrantes y produciendo un nacionalismo en el que se enaltece a los incas y, a la vez, se desprecia a «sus descendientes». Bolivia, por su parte, es un Estado cuyas elites han sido inestables y se han visto obligadas a negociar su posición de poder con sus «subalternos». Así, los sectores populares en este país tuvieron mayor margen de maniobra y de «reinvención» a la hora de redefinir la cultura y la política boliviana.

Cierto que entre el sur peruano y el occidente boliviano se pueden encontrar similitudes que, viéndolos con «ojos de turista», pueden llevar a pensar que «son lo mismo»; sumado a que las danzas de Bolivia han ganado terreno en el país vecino, llegando a ser incluso protagonistas y desplazando a las propiamente autóctonas. Pero hay diferencias sustanciales, como apunté líneas arriba. En ese sentido, en diciembre de 2025 pude conversar con un politólogo puneño radicado en Lima y que visitaba La Paz después de varios años. Él mencionó una diferencia que notó entre los jailones en Bolivia y los pitucos en Perú en relación a la «cultura popular»: conoció a «q'aras» bolivianos que se identifican con las danzas, la música folclórica y otros elementos producidos desde sectores populares; pero el no vio algo similar entre los «qáras» peruanos, quienes mantienen una distancia y desprecio respecto a lo «cholo». Claro que si los abuelos de esos q'aras bolivianos vieran a sus nietos haciendo cosas de la «indiada» se revolcarían en sus tumbas. Y es que desde finales del siglo XIX hasta el presente sucedieron muchas cosas que dieron lugar a que los jailones pasaran de despreciar a asumir ciertas expresiones culturales de «los de abajo».

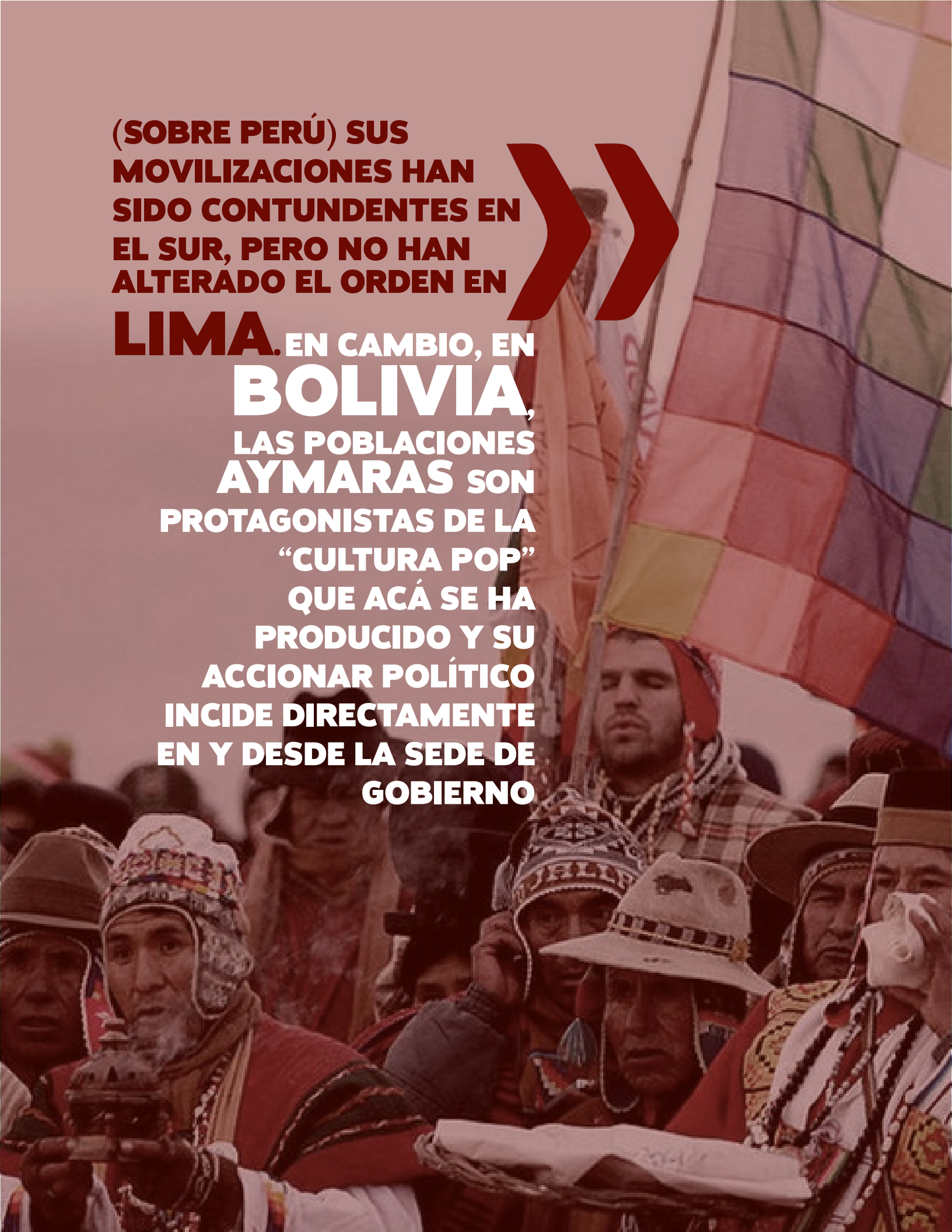
También lo ancestral y colonial suelen ser elementos que se enarbolan para eludir la influencia boliviana en Puno. Así se supone que las danzas bolivianas habrían surgido en tiempos precoloniales, durante la colonia o que serían «en esencia» ancestrales con cierta influencia colonial, suponiendo además que la cultura no cambiaría a pesar de los procesos históricos. Pero esas danzas y otras expresiones culturales son productos de la modernización boliviana entre sectores populares con fuertes vínculos con lo rural. En ello es importante considerar que las dinámicas sociales son muchísimos más aceleradas en los centros urbanos, donde los migrantes de las áreas rurales tienen mayor contacto con el mercado y otro tipo de «estímulos» llegados desde el extranjero, a partir de los cuales reinventan su cultura. Eso tiene que ver con lo que fue pasando entre La Paz, Oruro y Cochabamba, desde finales del siglo XIX y tomó mayor fuerza en la segunda mitad del siglo XX, llegando a ser

algo ya consolidado en el siglo XXI, cuando emergieron los «movimientos sociales étnicos» y Bolivia pasó a ser un Estado Plurinacional.

En los pueblos alejados de las capitales o centros urbanos, las dinámicas culturales son lentas y reina el «tradicionalismo». Las novedades, en distintos productos, llegan tarde. Asimismo, en esos espacios, por ejemplo, las danzas están más ligadas a rituales y ciclos agrícolas. No se trata de espectáculos. En cambio, en los centros urbanos y como parte de la modernización, las danzas folclóricas y, en general, las entradas folclóricas, se transformaron en espectáculos de la «identidad nacional». Surgió así una «cultura pop» boliviana que se ha sido asimilada en otros países como «cultura andina» y, además, «ancestral».

Los propios bolivianos alimentan ese tipo de mitos diciendo, por ejemplo, que la danza del t'inku sería milenaria, confundiéndola con el ritual del t'inku que se práctica en el norte de Potosí. La danza del t'inku surgió en los años 80 del siglo XX en Oruro (no en Potosí). Algo similar se puede decir de los tobas. Además, ¿no es curioso que los de la etnia toba no bailen esa danza ni tengan música similar? A ello se puede sumar el «mito urbano» de que la danza del caporal derivaría de la saya afroboliviana. Y si vamos a las notas musicales y acordes que se usan en la música de las danzas bolivianas, supuestamente ancestrales, son propiamente «occidentales»; no son escalas ni compases precolombinos. Más bien corresponden a los tiempos modernos y a la estandarización de la música como fenómeno de masas.

Entrada Folklórica del Señor Jesús del Gran Poder. Foto: boliviaentusmanos



(SOBRE PERÚ) SUS MOVILIZACIONES HAN SIDO CONTUNDENTES EN EL SUR, PERO NO HAN ALTERADO EL ORDEN EN **LIMA**. EN CAMBIO, EN **BOLIVIA**, LAS POBLACIONES **AYMARAS** SON PROTAGONISTAS DE LA "CULTURA POP" QUE ACÁ SE HA PRODUCIDO Y SU ACCIONAR POLÍTICO INCIDE DIRECTAMENTE EN Y DESDE LA SEDE DE GOBIERNO

EL EPICENTRO POLÍTICO-CULTURAL DEL «MUNDO ANDINO»

A lo largo de la historia se han desarrollado diferentes epicentros político-culturales, cuya influencia se ha dado en distintas escalas y niveles. En su momento, en el «mundo andino», lo fue Cusco, pero eso es cosa del pasado. No son las danzas ni música cusqueña las que influyen de manera determinante en Puno ni en otras partes del «mundo andino» a nivel continental, sino las bolivianas. Esta influencia no se dio «desde siempre» ni va a durar «para siempre».

En los primeros años de este siglo, Bolivia empezó a tomar cierta notoriedad por las masivas movilizaciones que se dieron. Esa visibilidad aumentó con la llegada de Evo Morales a la presidencia. Así, visitaban nuestro país personas de distintos lugares, entre activistas, mochileros, intelectuales, militantes de organizaciones políticas, etc. En aquel tiempo pude conversar con algunos de ellos y lo que me llamó la atención fue que muchos habían pasado primero por Cusco o tenían planeado ir a dicho lugar. En esas charlas me percaté de algo llamativo: se dirigían a las «ruinas» precolombinas del Perú para conocer lo que fue el pasado imperial indígena y, en contraste, para conocer la capacidad de las luchas indígenas

contemporáneas, incluso a un presidente indio, se dirigían a La Paz. Ese itinerario no era fortuito.

Se puede decir que el epicentro político-cultural del «mundo andino», en el siglo XX y en lo que va del presente siglo, ha estado y está en Bolivia, en el «triangulo» La Paz-Oruro-Cochabamba, cuya «cabecera» es la sede de gobierno. Puno está muy cerca de La Paz. Esa cercanía y el «factor aymara» han facilitado que los cambios que se dieron en Bolivia entre sectores populares, principalmente en el siglo XX, impacten en el sur peruano. Por ello, eso de «Nuestra experiencia más cercana con una capital es con La Paz; no con Lima» o «Puno, tan lejos de Lima, tan cerca de La Paz» tienen mucho sentido. Asimismo, la influencia boliviana sobre Puno (y sobre el norte chileno y argentino) puede ser considerada como un «síntoma» de la capacidad político-cultural que los sectores populares en Bolivia han ido produciendo en más de un siglo. Es la influencia del epicentro político-cultural del «mundo andino» contemporáneo.

SE PUEDE DECIR QUE EL EPICENTRO POLÍTICO-CULTURAL DEL "MUNDO ANDINO", EN EL SIGLO XX Y EN LO QUE VA DEL PRESENTE SIGLO, HA ESTADO Y ESTÁ EN BOLIVIA »